

DEL ESTADO DÉBIL A LA COOPERACIÓN MULTIVALENTE

Francisco Sierra Caballero

Los procesos de hibridación entre formas autoritarias de soberanía oligárquico-esclavista coloniales y formas de modernización desarrollista dirigidas por las élites tecno-burocráticas de los Estados nacionales y el poder económico de las antiguas metrópolis o del centro del sistema económico internacional han marcado históricamente el proceso de construcción de los sistemas informativos y del espacio público en nuestra región. La forma-Estado nacional en Iberoamérica ha sido, como resultado, débil, con insuficiente autonomía, subordinada a las relaciones imperialistas o interimperialistas de organización, de acuerdo a estructuras de biopoder patriarcales y racistas. En este marco, y condicionados por el discurso del determinismo tecnológico y de la economía política de la Aldea Global, los países iberoamericanos han estado sujetos a un intercambio cultural adverso y desigual en las relaciones de fuerza con las naciones del centro del sistema mundial, dando lugar a estructuras comunicativas altamente concentradas o, habitualmente, a una economía de las industrias culturales totalmente dependiente del consumo y de las condiciones definidas por la división internacional del trabajo cultural. Hoy, sin embargo, esta particular dialéctica está siendo significativamente alterada. Se observa, en primer lugar, una nueva subjetividad política, nuevas luchas y formas de resistencia cultural de los movimientos y actores sociales que tratan de transformar el espacio público de los débiles Estados nacionales en favor de un espacio abierto y plural, común a todos los actores en el nuevo horizonte político-económico posnacional.

Introducción

La existencia, en esta línea, de distintos acercamientos entre países y economías del hemisferio occidental pone de manifiesto a este respecto la importancia de una alianza latina en la defensa de una posición común que, a partir de nuestro legado y potencial económico, fortalezca el papel de interlocutor y mediadores culturales en el nuevo sistema internacional emergente. La conciencia de este hecho ha llevado a algunas organizaciones académicas recientemente creadas, como por ejemplo la Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura, a definir plataformas de encuentro entre culturas hispánicas, lusas y, en general, latinas, que, reivindicando la diversidad cultural, tratan de resistir culturalmente la hegemonía angloamericana para reconocernos y hacernos visibles, para crecer y aprender juntos construyendo horizontes y proyectos de vida en común. El resurgimiento de iniciativas como esta requiere no obstante para su buen término el diseño de políticas públicas activas de cooperación que trasciendan el marco lógico de la cooperación cultural “nacionalista”.

Desde el punto de vista conceptual, parece lógico que, en el mundo que está conformándose con la globalización de la sociedad-red, la cooperación en comunicación y cultura reformule sus visiones y estrategias tradicionales para asumir una visión federalista y supranacional, o mejor aún, posnacional, que trascienda la mirada bilateral hoy dominante en nuestro ámbito de actuación, a fin de trascender, en la era del modo de organización imperial, los limitados márgenes de maniobra de las políticas culturales que vienen dados por la perspectiva del Estado-nación, cuando más necesario es, precisamente, aprender a pensar sin Estado, o, más exactamente, cuando más necesitamos redefinir nuestras estrategias y las relaciones de dominación en la comunicación y la cultura global, más allá de las fronteras y de las delimitaciones artificiales de control político-militar de reorganización de los flujos de mercancías y capitales que han marcado desde el siglo XIX la historia político-cultural de Iberoamérica.

Este sin duda alguna es el principal reto de la globalización para la defensa de un nuevo espacio multivalente, complejo y productivo de cooperación y promoción de la diversidad cultural. Ahora bien, la asunción de esta perspectiva presupone, naturalmente, tratar de pensar y forzar los límites y desenmascarar las máscaras, significa, en fin, construir en común una “cultura de frontera”, de frentes culturales, y de confrontación productiva de formas de sentir e imaginar comunes y distintas, realimentando el patrimonio territorial y geopolítico común, la penuria y el subdesarrollo estructural que nos define como culturas marginales o periféricas en comunión por la reivindicación de las necesidades de desarrollo territorial y colectivo de otras periferias y modos de enunciar que habitan en el mundo,... en nuestro mundo colonizado y explotado. Para ello es preciso un diálogo intercultural crítico y creativo. No basta mirar u oír las creaciones y modelos culturales allende las fronteras, como siempre ha venido proponiendo el iberismo intelectual, desde hace más de un siglo. Para entender al Otro hay que convertirse en intérprete, y mejor aún en objeto interpretado. Partimos para ello, como ventaja, de la potente creatividad y vitalismo irreductibles a la gramática del Capital, como allende los mares. La “mentalidad de Poniente” (Lourenço dixit) –el viejo sentido de la tierra, de la propiedad, los hábitos y modos de vida– constituye un material difícilmente absorbible por el Capital, que pone por condición primera la falta de hábitos, en un mundo inhabitable... Y este no es un capital, o cultivo social cualquiera, es el potente ecosistema de vida que nos permite seguir pisando suelo firme en un tiempo en el que, como decía Marx, todo se disuelve en el aire, más aún en un tiempo calificado por Bauman como líquido.

Ahora bien, la disposición y puesta en valor del capital cultural potente, diverso y rico iberoamericano exige unas mínimas condiciones económico-políticas que deben ser perfiladas también desde nuevos parámetros.

Pensar la cultura, reconstruir la economía política

Asumida radicalmente en la praxis, el reto de la diversidad cultural exige, en la región, una relectura política de la Agenda 21 de la cultura y de iniciativas como la Carta de Sao Paulo desde una visión crítica de la economía de la comunicación y la cultura orientada a tratar de impulsar las fuerzas creativas activando plataformas de comunicación que permitan consolidar la industria cultural regional a partir del capital social dispuesto y acumulado históricamente por el universo e imaginario simbólico latino. Ello, a nuestro entender, exige, de acuerdo en parte con el profesor García Canclini, tres desplazamientos y cambios de postura fundamentales:

De la visión cultural a la lectura económico-política de la comunicación y la cultura al servicio del desarrollo. Las industrias culturales de la región requieren políticas activas de cooperación multilaterales que, más allá del discurso y la mirada que representó la defensa del NOMIC, nos sitúe en condiciones de hacer posible la construcción de la ciudadanía cultural iberoamericana centrando la acción de los poderes públicos en la dimensión económica y política de la comunicación y la cultura regional.

De la racionalidad mercantil a la defensa del principio de diversidad cultural. La defensa de la ciudadanía cultural iberoamericana no podrá ser definida ni desde la lógica instrumental o mercantil de las industrias culturales, como tampoco desde las formas monádicas de territorialización nacional. Es preciso pasar, en este sentido, a un escenario posnacional y radicalmente democrático con protagonismo activo de la ciudadanía y los nuevos actores políticos que proyecten la diversidad y riqueza cultural de nuestro territorio, culturas y ciudades.

Del Estado-nación al Estado móvil. La interdependencia latinoamericana puede dar lugar a medio y largo plazo a un proceso constituyente de la cultura latina en un nuevo escenario político que las políticas de cooperación han de tratar de pensar y contribuir a definir. La emergencia de lo local-comunitario y de nuevos actores políticos como los movimientos indigenistas apuntan, en esta línea, la existencia de un nuevo contexto internacional resueltamente posnacional y radicalmente democrático por la defensa, entre otros factores, de la diversidad étnica, lingüística y cultural en el seno de los tradicionales estados nacionales que surcan y fragmentan el mapa cultural latinoamericano.

Tomando en consideración estos tres desplazamientos, es preciso, además, por otra parte, asumir y promover integralmente –añadiríamos nosotros– los principales rasgos de la cultura iberoamericana. A saber:

La rica y compleja diversidad de la cultura popular. Las ferias, músicas, olores, colores y memoria cultural de los pueblos de América Latina, como los de España y Portugal, se han distinguido tradicionalmente por una fuerza y

potencia creativa dignas de consideración. Este capital cultural se proyecta no solo en la fuerza del idioma, por lo demás diversa en sus modalidades, acentos y modos de enunciación, sino sobre todo en una potente e irreducible cultura oral, resistente a todo despotismo ilustrado y a las lógicas logocéntricas colonizadores y foráneos que han tratado de imponerse sobre los códigos culturales autóctonos, por ejemplo a través de los proyectos de construcción nacional de la modernidad desarrollista que se han sucedido en la región. Considerando la riqueza y valor de esta tradición cultural, toda política de cooperación en comunicación y cultura debe centrar, a nuestro entender, sus acciones o iniciativas de intervención en los operadores cognitivos y semánticos de las formas de la tradición y la cultura común, privilegiando, frente a la visión enciclopédica y elitista de la cultura, la galaxia audiovisual por ser esta la más apropiada, según argumentaremos, para proyectar el capital simbólico socialmente disponible por la población de nuestros países en los mercados internacionales.

La cultura del mestizaje. La historia de Iberoamérica es la confluencia y cruces de culturas precolombinas y migrantes, la producción de múltiples mediaciones e hibridaciones creativas. A diferencia de Europa, Iberoamérica se distingue por el color. Y el color, a diferencia de Estados Unidos, no es sólo blanco o negro, admite numerosas gamas. La mestización es un proceso social complejo que da cuenta de las condiciones culturales del espacio comunicativo iberoamericano complementaria, por otra parte, de las migraciones, rasgo este también característico de la modernidad capitalista en Iberoamérica. La diferencia constituye pues un capital social de obligada referencia en la creación del poder constituyente y las posibilidades del desarrollo regional, al articular nuevas formas de alteración y organización del capital simbólico.

La participación. La proliferación de medios comunitarios, especialmente en Latinoamérica, constituye una divisa y signo de distinción de la historia de la comunicación regional, que por su importancia ha terminado por imponerse como referencia incluso en el ámbito científico. La tradición de la comunicación participativa desde la educación de adultos y popular de Paulo Freire a los telecentros comunitarios, de Luis Ramiro Beltrán pasando por colectivos de educadores populares como la asociación Calandria, da cuenta de una experiencia y una visión de la comunicación social de obligada referencia en las políticas de cooperación y definición del espacio regional iberoamericano. La democracia participativa, o la defensa de la participación como cultura comunicacional en Iberoamérica, es además un reto estratégico, pues atañe directamente al problema de reconocimiento de la ciudadanía en Estados nacionales débiles, con un espacio público concentrado, fuertemente clasista y dominado por la discriminación racial, en el que amplios colectivos de población reivindican su derecho a la palabra por falta de canales de acceso y visibilidad en el espacio informativo. Si se trata de procurar una nueva ciudadanía cultural iberoamericana, cabría cuestionarse en este sentido si es viable un espacio común sobre las bases

inconsistentes de Estados nacionales debilitados y en menguante potencia reguladora o más bien si no sería conveniente, por el contrario, definir un sistema sobre los derechos de la comunicación no realizados en el marco nacional a fin de permitir el *empoderamiento* de estos actores sociales como base de construcción de la comunicación y la industria cultural regional.

A nuestro entender, este último constituye, sin duda, el primer objetivo público a conseguir. Pero para ello es preciso volver al punto de partida que esbozábamos brevemente al principio. A partir de los tres rasgos configuracionales de la comunicación y la cultura regional señalados, debemos pensar, primero, cómo podemos construir la ciudadanía cultural iberoamericana en una región marcada por identidades frágiles, por fugaces modelos culturales de integración en el marco de débiles Estados-nación impugnados por la insurgente voluntad de subsistencia indígena e incesantes flujos migratorios, por formas de integración económica dependiente y desequilibrios en los consumos culturales y las mediaciones infocomunicacionales. Sin pretender formular respuestas concluyentes, y a la luz de las consideraciones apuntadas en las páginas anteriores, es evidente que, cuando menos, las siguientes iniciativas constituyen prioridades en la agenda de cooperación en comunicación y cultura para el desarrollo regional. Apuntamos a continuación, brevemente, algunas observaciones a propósito de las exposiciones de los ponentes y panelistas del seminario desde este punto de vista.

Puntos de partida

Observatorios de comunicación y políticas culturales. Iniciativas municipales como la ciudad de Buenos Aires, o propuestas ciudadanas como las Veedurías en Lima apuntan la pertinencia de construir puentes de articulación entre la comunicación y la cultura más allá del Estado-nación, promoviendo plataformas de investigación y desarrollo en el marco de las capitalidades culturales o los principales nodos de conexión del capitalismo periférico en la región. Una de las tareas pendientes de estas instituciones es la definición de indicadores de desarrollo y la generación de Libros Blancos de la Comunicación que sienten las bases de una cooperación cultural efectiva a escala regional, o incluso en unidades territoriales de proximidad, con suficiente conocimiento de causa para la toma de decisiones, una tarea que esta aún pendiente en las políticas públicas en Iberoamérica. Estos observatorios pueden cumplir en este sentido una función estratégica como espacio de referencia de los esfuerzos de articulación de redes de gestores políticos de comunicación y cultura, identificando los principales sistemas de información propios, así como los expertos y conocimientos socialmente disponibles en el proyecto de construcción del mercado y la industria cultural regional.

Redefinición de las políticas de cooperación. Del mismo modo que es preciso procurar una política de cooperación multilateral y polivalente, programas estratégicos como el Programa ALIS deben ser reformulados para pa-

sar de la transferencia de tecnologías o saber-hacer, en línea con la política de difusión de innovaciones, a la cultura de la convergencia y la cooperación activa. Hasta la fecha, la cooperación multilateral entre países, lejos de garantizar la diversidad ecológica del sistema mediático en los países del Sur, están resultando coartadas para legitimar un proceso, calificado por otra parte como imparable, en función del modelo capitalista de desarrollo económico liberal, que hoy llega a resultar cuando menos alarmante incluso para la propia UNESCO, a la luz del diagnóstico de la situación crítica de dependencia de las “culturas periféricas” en el mercado global de la comunicación. Así, la política española de cooperación en América Latina viene cada día más condicionada por los intereses económicos estratégicos de operadoras como Telefónica, quedando supeditada la visión político-cultural a los criterios instrumentales de crecimiento económico y ampliación del mercado. Si aceptamos la hipótesis de la ineficaz consecución del mercado regional a partir de los intereses de este tipo de actores en el sector de la comunicación y la cultura regional, parece necesario redefinir, en consecuencia, los parámetros y criterios de actuación a largo plazo de las políticas de cooperación, desde una perspectiva crítica.

Empoderamiento de lo hispano o latino. Mesoamérica, Pacto Andino, MERCOSUR, ALBA... Hoy existen numerosas formas de integración política y económica en la región que junto a la compleja y diversa realidad económica de las industrias culturales hacen difícil el reconocimiento de un horizonte común de progreso que valore lo latino o hispano en Iberoamérica. Lejos no obstante de pretender unificar los espacios e iniciativas de cooperación, la idea de priorizar la valorización de lo latino trata, por el contrario, de definir distintas regiones culturales y, en consecuencia, diferentes plataformas multilaterales de cooperación que converjan o actúen complementariamente en el mercado regional. En este proceso, es vital el reconocimiento de lo propio y común, como apunta Renato Ortiz, de nuestros espacios lingüísticos, los de la lusofonía y el mundo hispánico. Tanto desde el punto de vista de la cultura científica como de las políticas culturales de defensa del idioma y de la industria cultural ligada a la lengua, es vital defender la diversidad cultural y promover las lenguas maternas e incluso las minoritarias indígenas como patrimonio cultural iberoamericano, más allá del marco del Estado-nación. Se trataría, en fin, de procurar una política de cooperación basada en el reconocimiento de las diferencias para exigir el reconocimiento en el sistema global de comunicación de nuestra potencia y especificidad cultural que debe ser puesta en valor, expresada y defendida en las políticas públicas para construir nuestras historias y modelos culturales reconociéndonos latinos o hispanos de un mismo espacio cultural imaginario.

La identidad negada de la cultura indígena. En este sentido, un compromiso estratégico de la cooperación en comunicación y cultura es la recuperación de la memoria colectiva, de las luchas y frentes culturales perdidos o conquistados, de la actualización en fin de nuestra historia común. Especialmente en lo que se refiere al debate

de los años setenta sobre comunicación y diversidad cultural, las discusiones sobre soberanía y modelos de desarrollo, la exclusión de minorías étnicas y lingüísticas en la comunicación internacional, o las formas de control ideológico y hegemonía neocolonial, hoy deben ser revisadas dando el lugar que no tuvieron las identidades silenciadas o reprimidas del indigenismo, cuya tradición milenaria debe ocupar una función protagonista en la defensa de una política de cooperación que asuma radicalmente el principio de diversidad cultural.

La formación de agentes culturales. La experiencia de programas académicos de intercambio como el hispano-brasileño CAPES/MEC hace recomendable su extensión e impulso para complementar iniciativas como el Plan ACERCA, haciendo posible la valorización del patrimonio intelectual común, así como la valorización lingüística y el reconocimiento mutuo desde la experiencia práctica inmediata de los responsables de la gestión y aplicación de las políticas culturales. La construcción de un Espacio Iberoamericano de Educación Superior con criterios y parámetros en el ámbito regional que diseñe políticas de comunicación y educación constituye a este respecto una tarea central. La política de cooperación requiere, en la misma línea, políticas de cooperación en materia educativa a partir de la integración de espacios académicos institucionales como FELAFACS o ALAIC, que deben coordinar sus esfuerzos en plataformas comunes como la Asociación Iberoamericana de Comunicación, contribuyendo así a la integración universitaria y al impulso de programas de intercambio y formación experta en comunicación y cultura similares al equivalente regional del programa europeo ERASMUS MUNDUS en la formación especializada de postgrado. La articulación de un Programa Internacional de Investigación de Comunicación para el Cambio Social sobre cultura, desarrollo y mediación social que aborde cuestiones estratégicas en la región como el desarrollo urbano y las nuevas tecnologías de la información debería conformar, en la misma línea, uno de los ejes prioritarios de la acción exterior de las políticas públicas de agencias como AECl en el espacio regional.

La articulación de redes de ciudades culturales. Una nueva ciudadanía cultural iberoamericana, una ciudadanía activa, pasa hoy por la realización tanto del derecho a la cultura y acceso al patrimonio histórico de la ciudad, como por la capacidad de autonomía y determinación pública de las condiciones de desarrollo y convivencia en el contexto inmediato de desenvolvimiento individual y colectivo. La unidad de intervención básica de las políticas públicas, considerando los argumentos antes expuestos, debe ser la ciudad. Experiencias como URBACT en Europa, la proliferación de algunos observatorios locales, y la desvertebración del Estado-nación en Iberoamérica sientan las bases propicias para aprender de las redes y circuitos culturales de grandes y medianas ciudades del subcontinente, siguiendo experiencias como las de la Capitalidad Cultural Iberoamericana, que a nuestro juicio pueden contribuir a poner en valor y visibilizar nuestro patrimonio simbólico proyectando espacios de organización en red de ciudades con señas de identidad, políticas de desarrollo o mercados de turismo similares, que a

medio plazo pueden dar lugar a la creación de nuevos yacimientos de producción de contenidos, de generación de conocimiento y de articulación de proyectos e cooperación cuyo impacto puede resultar significativo en el mercado regional.

El protagonismo del Tercer Sector. El contexto internacional de interdependencia plantea nuevas relaciones entre política y producción cultural y entre gobierno y movimientos sociales. El proyecto de una ciudadanía cultural iberoamericana, en el marco de Estados-nación débiles y un mercado dependiente o periférico, exige desde nuestro punto de vista reforzar las políticas de participación y desarrollo con mayor protagonismo del Tercer Sector. Si el Príncipe no ocupa su espacio y el Mercader favorece un tipo de intercambio al margen de los intereses del mercado y productores locales, parece lógico imaginar otro sujeto o eje de intervención en las políticas públicas de cooperación. En este marco, la función de las políticas de comunicación y cultura debe ser, de acuerdo con García Canclini, la promoción, dinamización y desarrollo cultural. Pero para garantizar el reclamo de diversidad cultural deben ser favorecidas las políticas activas de promoción de plataformas intersectoriales e interinstitucionales de aquellos territorios y sectores de la comunicación y la cultura amenazadas por una liberalización autoritaria que concentra los recursos, despilfarras las fuentes de creatividad social y anula, por lo general, los derechos ciudadanos sobre los bienes y servicios culturales. Y, en este proceso, es vital el papel del Tercer Sector y del movimiento altermundialista, que, a su vez, debe pasar de la lógica de la negación a la estrategia de la programación politizada del campo de la comunicación y la cultura a nivel estatal, regional y supranacional. Cambiando, para ello, lógicamente, de enfoque y ángulo de visión de las políticas públicas en la materia.

Fomento de la industria radiotelevisiva y musical. Reseñada la importancia de la cultura popular, de la cultura oral en Iberoamérica, parece claro, a raíz de los análisis de los logros y obstáculos de construcción del mercado regional, que han de cambiar las prioridades de las políticas públicas, procurando invertir esfuerzos y recursos en dos pilares de la cultura común de nuestro espacio regional: la cultura audiovisual, ámbito abandonado tradicionalmente en las políticas internacionales de los operadores públicos de televisión, aún existiendo experiencias importantes como ATEI; y la industria musical, cuyo imaginario, en el mercado global, sitúa a la cultura latina como un claro exponente de creatividad y tradición cultural específica. Falta no obstante un mayor conocimiento e iniciativas dirigidas a ambos sectores, frente a la preeminencia de la política de bellas artes, centrada por ejemplo en el cine, o la promoción de la galaxia Gutenberg, en beneficio del sector editorial.

Constitución de redes de televisiones públicas. De las principales conclusiones de los ponentes, se infiere la ausencia de políticas de redes de operadores públicos en la región, salvo el caso de ATEI, pese a existir intentos de

articulación en el ámbito nacional, como es el caso de México o Brasil, e incluso bilateral como el reciente encuentro hispano-mexicano. Complementariamente a iniciativas como ATEI o IBERMEDIA, se observan carencias importantes en materia de cooperación, coordinación e intercambio en el sector audiovisual que contribuyan a la producción y distribución de contenidos audiovisuales de calidad, reforzando la función pública del sistema radiotelevisivo en la región. El desarrollo de esta voluntad de articulación es imprescindible para definir políticas de valorización del patrimonio cultural en las redes digitales. Como demuestra la ciencia regional, toda política de desarrollo exige diversas estrategias de coproducción, la convergencia y diseño de redes de productores y distribuidores culturales, tal y como ilustra en la UE la experiencia de programas como MEDIA. Pero el mercado no garantiza la realización de este principio. Debe ser, por ello, el sector público, y especialmente la industria radiotelevisiva, la que lidere esta política de cooperación audiovisual en Iberoamérica tanto para promover los valores del servicio público en el sector televisivo como para hacer factible la construcción del mercado audiovisual regional y la cultura común necesaria para modificar las condiciones estructurales desfavorables a la industria cultural autóctona.

Replanteamiento de la doctrina y la política de derechos de autor. Como advierte Negri, la fuerza de trabajo inmaterial requiere libertad para expresarse y producir (Negri/Cocco, 2006: 169). Frente a los cercamientos, a los bloqueos y apropiaciones privadas, la política cultural de cooperación debe en consecuencia poner en contacto a los trabajadores de la industria de la comunicación y la cultura, garantizando la liberación de las energías creativas. Ello pasa por el replanteamiento de las políticas públicas de gestión de los derechos de propiedad intelectual, tratando de promover los derechos colectivos, lo procomún. Una tarea prioritaria, en esta línea, de la Secretaría Iberoamericana de Telecomunicaciones es revisar los principios y visiones, los métodos y objetivos de la política angloamericana hoy hegemónica, jurídica e ideológicamente, en el desarrollo de la Sociedad del Conocimiento. Si el problema de la comunicación y la cultura en nuestro tiempo es la lucha por el código, por la apropiación de lo inmaterial, por el patrimonio cultural común, sujeto a un proceso de progresiva desmaterialización y desterritorialización y objeto de intercambio, el nuevo derecho público de la producción intelectual, el reconocimiento de la autovaloración y de las diversas formas de autoproducción (de las favelas, del sector terciario informal, de la libertad de circular en red), debe realizarse garantizando una esfera pública que reconozca las dimensiones productivas de la ciudadanía y los intereses colectivos frente al modelo tradicional de acumulación y apropiación de los bienes culturales. Más allá del Estado y del mercado, la renuncia a cuestionar el sistema de patentes y de derechos de propiedad intelectual socava las posibilidades del pacto social necesario para la realización de los derechos culturales en la región. Por ello, no es posible pensar un proyecto de cooperación sin impugnar el actual sistema internacional de regulación de estos derechos. Y, de momento, Iberoamérica no ha

planteado alternativas políticas en su estrategia de posicionamiento salvo cumplir fielmente las exigencias de la OMC y de las normas angloamericanas de explotación mercantil del sector de la comunicación y la cultura, en contra, incluso, de sus propios intereses.